

No hay para qué insistir más. Lo que importa es buscar modos de acabar con la farsa y llegar al trato de hombre a hombre con la mayor franqueza y la máxima caridad. A Carlos Santamaría también le ha de resultar preferible un tanteamiento de soluciones, aunque tal vez crea ahora necesario descubrir suficientemente la crisis de la sinceridad humana.

Modestamente, nos parece útil apuntar un recurso psicológico que es al par y sobre todo un ejercicio ascético, viejo y perenne entre hombres de fe: la presencia de Dios. En verdad, el remedio pleno para conseguir la comunión en la verdad es la unión en la creencia, y entre los que ya poseen ésta, el revitalizarla: una experimentación de su convencimiento de ser lo divino el mejor auxilio de lo humano. Que Dios llega a ser necesario a los hombres para arreglar sus problemas. Este acudir a la presencia de Dios queremos indicarlo aquí como una medida de uso inmediato, capaz de iniciar desde nuevas bases el mutuo entendimiento. Tiene algo de paradoja decir que un excelente recurso para el trato de hombre a hombre, consiste en interponer a Dios entre ellos. Y sin embargo, la cosa en sí no es paradójica. Será un paso decisivo para hallar inteligencia e intercambio humano, para la puesta en marcha de un estilo realmente acorde con la tónica del tiempo, enfrentarnos con la ascesis de sentir a Dios a nuestro lado, o a nosotros como inmersos en El, y eso en especial cuando nos acerquemos al contacto con el prójimo. Ponerse ante Dios ayuda a proceder mejor entre los hombres. Dios ya está asomado a nuestro mundo, pero quiere y puede formar parte de nuestra vida, ocupando en la conciencia un puesto de control, una situación eje. Desde ahí —desde nosotros que le advertimos dentro— hallará ocasiones para recordarnos que estamos consagrados en la verdad, y que la verdad nos hace libres. Si somos de la Verdad, oiremos su voz, a menos que admitamos conscientemente servir a las tinieblas. Ya no será posible continuar engañando impunemente, y, por otro lado, nos parecerá ridículo y criminal la ocultación a otros de algo que Dios conoce a maravilla.

Sí, es posible que sea actuarse en Dios el mejor resorte para abrirse con el prójimo en vinculación entrañable. Sobre todo, si se ha logrado comprender que en cualquier prójimo está Dios.

Fernando Toscano, S. J.

INCUNABLE, Junio 1958

«El problema de nuestra Historia», por Jesús M. López.

Incunable nos tiene acostumbrados a la tribuna abierta. Tribuna abierta para artículos como *Las imágenes del Sagrado Corazón*, de FR. CANDIDO EZCURRA, O. F. M., y *El cura gallego*, de PEDRO DE MENDIA, por citar dos que últimamente alcanzaron relieve poco afortunado.

Yo no voy a dialogar con Pedro de Mendía, pues ya lo ha hecho y extraordinariamente bien, René F. de la Huerta. Lo voy a hacer con Jesús M. López, en su respuesta a Pedro de Mendía. Adelantando mi conformidad sustancial con el artículo, quiero comentar sólo algunos puntos.

No está de más recordar que la virtud de la piedad, la *pietas*, nos impera el amor a nuestros padres y a nuestra patria. Imperativo vigente tanto cuando están presentes como cuando ausentes. Por eso a la patria

“hay que amarla” también cuando estamos ausentes de ella. Amor subordinado, lógicamente, al de nuestra madre sobrenatural la Iglesia Católica, como resulta ya, para los españoles, del mismo amor a España. Es una providencia de Dios que nosotros podamos observar en la historia de nuestra patria cómo el servicio a los ideales más santos no ha sido óbice jamás para un recto patriotismo. Más aún, se diría, si nos atenemos a esa experiencia histórica, que España, como pueblo, se encuentra a sí mismo precisamente cuando obra conforme a esta convicción. Y esto sí puede llamarse patriotismo, digno del más sano orgullo, pues es una virtud moral.

Por eso no me gusta el título *El problema de nuestra Historia*, por que si tras esa expresión entendemos “España”, nos parece importante sostener que no existe un verdadero problema esencial. Primero y máximo principio para poder resolver los problemas de España.

JESUS M. LOPEZ pide que se corrijan nuestros textos. No, en eso no deben corregirse. Que no se corrijan para que puedan seguir sintiendo las generaciones jóvenes “el flechazo místico-guerrero en sus almas de muchacho”. Incluso debemos procurar que se meta cada día más hondo en nuestros jóvenes *lo positivo* de nuestra gran tarea como pueblo cristiano. “¿Y nuestros defectos?” ¿Quién le habla al niño de los defectos de su madre? No se puede conseguir el amor o la veneración por una persona, narrando “lo negativo” a quienes aún no están capacitados para sopesar los juicios. Claro está que nos referimos siempre a los que estudian en los primeros años de Bachillerato, y haciendo omisión de las excepciones legítimas que puedan aconsejarse en casos especiales.

Poner en nuestros textos de Bachiller lo positivo y negativo de nuestra Historia sería exponerse a obtener generaciones amorfas e impotentes para cualquier noble misión nacional. Bien nos lo enseña la práctica de los diversos Bachilleratos extranjeros, que también omiten cuanto resulta en desdoro de la historia patria.

Queda aún otra objeción. “¿Cómo un pueblo, una cultura, se puede creer superior a otro si lo único que hacemos es llegar a esta misma y única Verdad en el diferente modo que ella misma ha dispuesto?”.

Conforme, pero no todos los pueblos tuvieron la misma misión, ni todos han respondido por igual. Como expresamente se reconoce, la diversidad es patente: “España ha sido el sacerdote de la humanidad. Otros han sido el técnico, el artista, el científico...”. Según ésto, la justicia y la verdad nos obligan a reconocer una función en sí más elevada e importante a los países que han hecho de los valores superiores una sustancia propia. Y en general, recorriendo las páginas de la historia de los pueblos, cabe hacer diferencias entre los que sirvieron ese ideal con heroísmo y fecundidad y los que durante demasiado tiempo ni lo han conocido ni han hecho otra cosa que combatirlo.

Enrique Mazorra, S. J.